

# Coscorrón

AHORA QUE LA INFANCIA espejea en mi memoria, por detrás de esa neblina que emponzoña los recuerdos más añosos, esos que nos llevan a años en los que todo era ilusión y descubrimiento, evoco a mi abuelo Simón y todos los veranos, fines de semana y puentes, que pasé con él en San Esteban de Gormaz. Pueblo honesto, sencillo y preñado de historia, en el que mi familia, generación tras generación, fue tomando forma, hasta que mi padre y mi tío Jonás decidieron que la continuación del apellido se diera lejos de allí. Mi tío marchó para Logroño, después de ennoviar con una moza de San Pedro Manrique y entrar a trabajar ambos en una empresa de litografía y barnizado de la capital riojana. Mi padre, por su parte, derivó su vida a Soria, donde se casó con mi madre y, al cabo de un año nací yo, su unigénito. Un chaval que paradójicamente estableció una ligadura sensitiva con San Esteban de Gormaz, más estrecha que la que mi padre atesoraba. Y eso que, a fin de cuentas, el que había vivido hasta cumplir la segunda década allí era él y no yo. Sin embargo, fue tal el vínculo que establecí con mi abuelo y, por ende, con el pueblo, que cuando tras el verano o un puente especialmente largo, debía regresar a la capital, sentía que algo de mí se perdía entre las calles estrechas, en cada uno de los dieciséis ojos del puente sobre el Duero que recorría con mi añeja BH. Cada vez que era obligado a regresar al que mis padres afirmaban que era mi hogar, sentía que dejaba atrás el lugar donde mi aliento y todas y cada una de mis

sístoles y diástoles tomaban la cadencia adecuada; esa que compone la banda sonora de todo hombre y mujer, cuando se sabe en el lugar al que pertenece.

Y si ahora rememoro esto no es por el albur de esos recuerdos que van y vienen de forma aparentemente aleatoria. No, nada eso. Hace un par de semanas, después de casi un año sin hacerlo, volví a subir a las Bodegas. Esta vez convertido en abuelo y en compañía de Miguel, mi único nieto. Fue entonces cuando recordé, no sólo a mi abuelo, sino, también, a Coscorrón. ¿Cómo podía haberle olvidado durante tanto tiempo, cuando fue el responsable de uno de los momentos más mágicos de toda mi vida? Incluso me sonrojé al descubrir mi olvido, mi desdén hacia aquel pequeño ratón que supuso mi primer y único encuentro con la magia. Porque, y puedo asegurarlo cuando lo digo, lo que ocurrió entre mi abuelo y Coscorrón, no puede catalogarse con otro adjetivo que no sea el de «mágico».

Hay que aprovechar cuando los nietos son pequeños porque después, cuando los corrompe la pubescencia y más tarde la madurez, dejan de escuchar. Están a lo suyo. Y es importante, por no decir fundamental, que se empañen de las enseñanzas y recuerdos sobre los que se ha cimentado la historia de quienes los precedieron. Que sean capaces de comprender que todo lo pasado no son cenizas, sino cimientos.

Y por ese mismo motivo. Para que descubriera que a veces hay magia en los lugares donde uno nunca esperaría encontrarla, le narré la historia de mi abuelo y de Coscorrón, el ratón que siempre que regresaba ajetreado al resguardo del muro de piedra, antes de colarse por el agujero, tropezaba con la entrada. Y de ahí su sobrenombre.

La primera vez que vi a aquel ratón, insolente y altanero, yo debía tener más o menos la edad que tú tienes ahora —comencé a decirle, sentados en la sempiterna mesa de piedra que acompañaba a la austera construcción que formaba la bodega de mi abuelo, en la primera línea de disímiles y simples edificaciones de la ladera, en la falda del castillo—. Me alegró que así fuera —continué—, porque a tu edad y a la que yo tenía por aquel entonces, es cuando realmente se comprende que hay magia a nuestro alrededor; que existen cir-

cunstances e instantes que sólo pueden baremarse bajo el paraguas de lo extraordinario, sin tener por qué buscarle una respuesta empírica. Algo que haríamos, sin duda, en la edad adulta. Por eso, mi pequeño, si hay que entender y descubrir la magia, hay que hacerlo cuando eres un niño y tu inocencia no está corrompida por la madurez.

Aunque mi abuelo hacía décadas que no elaboraba vino en los tinos del vientre de su bodega, raro era el día que no se acercaba hasta la ladera, para almorzar, tal y como él decía; como Dios manda. Se sentaba fuera, en uno de los bancos que formaban el perímetro de la mesa de piedra y disponía sobre ella un almuerzo que superaba lo que él estaba dispuesto a deglutir. Bien sabía mi abuelo que rara era la ocasión en la que hasta allí no se llegaba ningún amigo, para departir con él un rato y, de paso, degustar alguna de las sabrosas viandas que servían de almuerzo. En los meses amables, a base de queso, chorizo, salchichón y toda suerte de embutidos, acompañados de pellizcos de hogaza y buen vino joven. En invierno empero, prendía un fuego en el sencillo asador frente a la puerta de entrada de la bodega, al otro lado de la mesa de piedra, con unos sarmientos secos o restos de la poda de las cepas, y asaba sabrosas piezas de matanza como panceta, careta o morcillas, que un primo de Burgos le traía en sus puntuales visitas cada año para el carnaval.

Infinidad de domingos acompañé a mi abuelo en aquellos almuerzos y en todos ellos, aunque los disfrutaba sobremanera, siempre tenía la sensación de que callaba algo íntimo. Había algo en los silencios, mientras ambos masticábamos el almuerzo mirándonos a los ojos, que me invitaba a pensar que se moría por contarme algo que, sin embargo, temía revelarme. Como si tuviera un secreto que sólo pudiera compartir conmigo, y aun así temiera hacerlo, quién sabe bien por qué.

Finalmente, un domingo de abril, aún frío, mientras almorzábamos con calma unos trozos crujientes de panceta, que mi abuelo había asado en su pequeña parrilla, tras dar un largo trago a su vaso de vino joven, me lo reveló.

—¿Quieres conocer a Coscorrón?

Plisé el ceño por encima del puente de la nariz. ¿Quién demonios podía llamarse así?

—¿Coscorrón?

—Coscorrón —confirmó él.

—¿Conoces a alguien que se llama «Coscorrón»? —pregunté, entre divertido e intrigado, con la atiplada voz de un niño de tan corta edad como yo era por aquel entonces, cuando recién había desprecintado mi primer lustro de vida.

—Es un ratón —me reveló, sonriendo—. El ratón más chulesco que hayas podido conocer en toda tu vida —anexó.

—¿Más bonito y valiente que Mickey Mouse? —le contesté, refiriéndome al famoso ratón de Disney que hoy tenéis en todos los canales de televisión, pero que en mí época tan sólo lo podíamos ver en las tiras finales de los tebeos que traían al kiosco del pueblo o, con suerte, en el cine si te llevaban tus padres a la capital.

—No sé quién es el Mickey ese, pero te aseguro que no habrás visto en toda tu vida un ratón como Coscorrón —me aseguró, pellizcando un trozo de hogaza que adhirió a la panceta recién asada, para que la miga quedase impregnada con la succulenta grasa de la aún más apetitosa panceta. Sube detrás de la bodega, al tejadillo, y observa desde ahí, que no te vea —me ordenó, señalándome la parte del tejadillo de la bodega, al que se accedía a través del ribazo alfombrado de hierbajos, al que se subía desde el asador en el que aún refulgían unas pequeñas brasas, que tuve que esquivar con destreza para ascender hasta donde él me había mandado.

Una vez ahí pude observarlo. Fui testigo de uno de los más bellos y mágicos encuentros, que un niño como yo era hubiera podido contemplar. Un par de minutos después de que yo me hubiese escondido y cuando mi abuelo dejó la miga empapada en grasa junto a algunos de los resquicios de la parte baja de la pared de piedra de la bodega, un pequeño hocico, bigotudo y negro, asomó levemente, olisqueando el ambiente.

Más tarde, Coscorrón asomó la cabeza, miró en derredor y tras comprobar que tan sólo mi abuelo se encontraba allí, salió completamente agarrando el trozo de pan de hogaza impregnado en grasa, con las dos patas delanteras. Avanzó hasta la puntera de las alpargatas que calzaba perenemente mi abuelo y esperó con la miga entre sus pequeñas zarpas a que mi abuelo se inclinara y abriera la palma de la mano. Cuando lo hizo, arrastrando su almuerzo, sujeto entre las garras y sus pequeños y afilados dientes, Coscorrón ascendió hasta la palma de la mano que los años y duras jornadas labrando una tierra áspera y, en

ocasiones, ingrata, habían craquelado con profundos surcos en los que podía intuirse, una vida dura y abnegada, entregada al noble y arduo trabajo de sacar del vientre de la tierra lo que lleve el pan a la mesa.

Mi abuelo se irguió y colocó a Coscorrón sobre la mesa. Tan altanero como mi abuelo me había adelantado que era aquel ratón, oscuro como un mal presagio, se sentó sobre sus cuartos traseros y mordisqueó la miga con avidez, pasándose los trozos que engullía de un lado a otro de la boca. Yo, divertido, oteaba desde lo alto del tejadillo cómo los enjutos mofletes del diminuto roedor se inflaban, primero uno y luego otro, a merced del centrifugado al que sometía a cada bocado de miga, antes de remitirlo a su satisfecho estómago.

Mi abuelo partió pequeños trozos de chorizo asado y panceta, y los posó con suavidad delante de Coscorrón, para que dispusiera de aquello que quisiera como parte de su banquete. Mientras lo hacía, le hablaba como si fuera un compañero de cantina, como con los que echaba las partidas al mus o al guiñote, y despotricaba con el ratón de los del Burgo, de lo olvidada que estaba Soria por la gente de la Comunidad Autónoma, o del precio de la uva en comparación con los de la vecina provincia de Logroño. Coscorrón, como si le comprendiera, sin dejar de masticar todo lo que mi abuelo disponía sobre la piedra de la bodega, le miraba con la cabeza ligeramente ladeada y esos ojos pequeños y negros, de profundidad infinita. Así hasta que, al cabo de un rato, cuando Coscorrón había satisfecho la despensa de su pequeña panza, ambos permanecían en silencio, observando el modo en que las aves surcaban los tejados de San Esteban de Gormaz.

Bien parecía que ambos, como dos amigos que no precisasen de palabras para saber lo que el contrario barruntaba, dejasen que la melancolía ensombreciera su semblante, cavilando sobre el hecho, cierto y embarrado de aflicción, de que con el tiempo las aves que volaban sobre el tejado de Fonda Yáñez, sobre el ayuntamiento, sobre la iglesia de San Miguel, las casas blasonadas, la parroquia o atravesaban con inusitada velocidad y pericia el arco de la villa, otearían un pueblo vacío.

Eso le escuchaba decir muchas veces a mi abuelo; que temía que un día todos los que descendían de San Esteban de Gormaz y habían decidido partir lejos, en busca de las dudosas comodidades que dicen que ofrendan las grandes ciudades a cambio de poco menos que el alma, olvidaran del todo su origen.

Al escucharle, un ramillete de ortigas me abrazaba los latidos. Y fue allí, escondido en el tejadillo de esa bodega, rodeado de muchas otras que no guardaban ninguna similitud entre ellas, bajo la protección del castillo que coronaba el pueblo, mi pueblo, cuando decidí que yo jamás lo abandonaré.

—Abuelo, puedo darle de comer yo —dije, después de permanecer en silencio y estático.

Al sonido de mi voz, aterrado, Coscorrón giró alocado sobre sí mismo. Acto seguido subió a la mano de mi abuelo, recorrió con velocidad su brazo hasta el hombro y, desde ahí, siguió corriendo a gran velocidad por su costado hasta alcanzar el suelo a través de la empinada cuesta que formaba su pantalón. Al llegar a la pared de la bodega, cómo no, se golpeó la cabeza para después enderezar el rumbo y adentrarse en uno de los numerosos intersticios de la base del muro, haciendo bueno el sobrenombre con el que mi abuelo había bautizado a tan aventurero ratón.

Desconcertado, descendí desde el tejado y me tumbé sobre el suelo, apoyando mi cara en el muro de piedra, por si podía ver entre la oscuridad los ojos negros y brillantes de Coscorrón.

—No va a salir, sólo se fía de mí —anunció mi abuelo—. Hace ya unos meses que nos hemos hecho «amigos» y únicamente sale cuando estoy solo. Va a ser complicado que lo haga cuando estés tú aquí. Pero siempre puedes verle como hoy —continuó, tratando de paliar la decepción que se había instalado en mi rostro—, desde el tejadillo de la bodega.

—¡No! —repliqué—. Yo también quiero dar de comer a Coscorrón —sumé, refunfuñado, poniéndome en pie, para después marchar de la bodega hasta la casa de los abuelos, en la calle de Santa Olalla.

Muchas veces intenté dar de comer a Coscorrón a lo largo de mi infancia y jamás lo logré. Bastaba que el ratón intuyera mi presencia para que no se acercara. O para que, en el caso de que hubiera permanecido escondido, huyera atropelladamente hacia el interior de sus escondrijos entre las piedras de la pared.

Así lo intenté una y otra vez, inmerso en el tozudo desempeño propio de la infancia. Sin embargo, jamás lo conseguí y poco a poco fui dejando, no sólo de tratar de alimentar a Coscorrón, sino de visitar la bodega de la ladera del castillo los domingos con el abuelo. Curiosamente, después de haber escuchado el

modo en que mi abuelo relataba a Coscorrón que su mayor temor era ver como su San Esteban de Gormaz y por ende, su hogar, se iban despoblando, yo contribuí a ese éxodo rural, cuando mis intereses pasaron a ser más mundanos.

Al tiempo, primero fue la abuela la que murió y él, de pena, lo hizo seis meses después, pasando a engrosar el censo del camposanto de San Esteban. Ese cementerio de tumbas añosas en las que los años de los difuntos determinan el envejecimiento paulatino de un lugar, de un pueblo, no demasiado diferente en ese aspecto que todos los que concurren en la dispersa geografía soriana.

El día de las exequias, no sé por qué, tuve la imperiosa necesidad de regresar a la bodega de la ladera y así lo hice, acompañado de un trozo de hogaza que recogí de la casa de los abuelos. Ya tenía nueve años, era imposible que estuviera allí; ni el ratón más longevo del mundo hubiera logrado tamaña hazaña. Algo en mi interior empero me empujó a subir y respirar ese aroma a historia, piedra y orgullo, que emana en lo alto del pueblo, como si emergiera de las chimeneas que se contemplan desde ese lugar. Una vez llegué, arranqué unos pedazos de hogaza y los dispersé por el suelo, cerca de donde le veía salir antaño. Me senté donde mi abuelo solía, incluso imitando su gesto, acodado sobre la mesa de piedra y esperé...

Al cabo de no más de unos segundos, no creo que llegase al minuto, unos bigotes agrisados emergieron por uno de los huecos. Coscorrón asomó la cabeza y me miró con unos ojos que habían perdido el brillo de otrora, pero que, a cambio, ostentaban ese fulgor que inculca la experiencia de quien ha vivido lo suficiente como para alcanzar esa sabiduría parda que sólo inculcan los años vencidos.

—Hola, Coscorrón —le saludé, con apenas un hilo de voz hipado por la emoción que a duras penas contenía.

El ratón miró en derredor, buscando sin duda a quien ya no iba a regresar para darle de almorzar. Después de dudarlo mucho salió, recogió uno de los trozos de miga y lo mordisqueó con lentitud sin dejar de mirarme.

—No va a volver, Coscorrón. Se ha ido, se ha ido para siempre —le expliqué, tragando borbotones de lágrimas que me oxidaban los latidos.

El ratón posó lentamente la miga en el suelo, agachó la cabeza, giró sobre sus patas y se encaminó con lentitud hacia el mismo agujero por el que había salido. Antes de entrar, por primera vez sin golpearse la cabeza, giró la vista hacia

mí durante unos muy breves segundos y después se sumergió en la oscuridad del agujero. No lo volví a ver jamás.

Así concluí la narración de esa mágica historia a mi nieto, en el mismo lugar donde se había obrado la amistad más extraña, bella y mágica, que se hubiera conocido en San Esteban de Gormaz.

—¡Tal vez si ponemos un poco de pan Coscorrón salga otra vez! — canturreó mi nieto, contagiado por la emoción que yo mismo había exhibido mientras le detallaba la historia de mi abuelo y el ratón.

Sonreí con honda tristeza.

—Si ese ratón viviera tendría más de sesenta años. Teniendo en cuenta que los ratones de campo no viven más de dos, ya fue un milagro que alargara su vida todos en los que yo le conocí aquí, de chiquillo.

Pero hubiera sido bonito, ¿verdad? —continué.

—Sí —asintió él—. Pero si es imposible, ¿para qué me hasta traído hoy a la bodega? —preguntó, rascándose la cabeza por detrás de la oreja.

En ese momento podía haberle dicho muchas cosas. Podía haberle contado que además de estar herido de tristeza, esa misma semana me habían diagnosticado un cáncer de páncreas, que precipitaría un adiós, seguramente demasiado temprano. Podía haberle dicho que necesitaba visitar ese lugar con él, para que cuando yo no estuviera tuviera un momento más que recordar conmigo, tal y como yo atesoraba los recuerdos con mi abuelo en aquella bodega como si fueran una de mis más preciadas posesiones. Pero no dije nada, le besé la mejilla, alboroté su pelo con la mano y durante unos minutos nos dedicamos a mirar los tejados y las calles, cuyo entramado bien pudiera ser el sistema circulatorio por donde discurría la sangre emocional que había dado cadencia a los latidos de varias generaciones. Yo también temía por la desertización rural de la que ya hablaba mi abuelo antaño con Coscorrón. Y quizá aquel instante, tal y como habían obrado todos los que yo pasé allí en mi niñez, hiciera que germinara la semilla del arraigo de mi nieto.

—Venga, vamos para casa, que vuelves para la ciudad esta tarde y no quiero que me riña tu padre —le dije, levantándome de la mesa, para después iniciar el regreso a casa con mi nieto de la mano.

Antes de partir, obstinado, tan terco como su abuelo y su bisabuelo, sacó un caramelo del bolsillo, lo desenvolvió y dejó sobre el suelo, cerca de los agujeros de la pared. Después marchamos felices. Él, porque había compartido un momento y una historia mágica conmigo. Y yo, porque sabía que, en breve, lo único que quedaría de mí sería lo que le hubiera legado a nivel emocional, y una historia como aquella estaba convencido de que arraigaría en su interior como lo hacen todas las narraciones que pasan de boca en boca, entonadas por labios que nos amaron y besaron.

Tan ensimismados regresamos al pueblo que en ningún momento giramos la cabeza. Quién sabe; quizá si lo hubiéramos hecho hubiésemos descubierto una pequeña figura de pelaje encanado que recogía el caramelo que mi nieto había dejado sobre el suelo y antes de regresar al interior de los laberintos de la pared de la bodega, se golpeaba con el muro que jamás, en toda su existencia, había aprendido a enfilear a la primera.